

N.º 49

25 cts

# ARDORES PASADOS

por FRED HUMES



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL



BIBLIOTECA EMOCION

BLAZING DAYS 1927

# ARDORES PASADOS

Interesante comedia del Oeste, interpretada por el  
arriesgado cow-boy

Fred Humes

Versión literaria de  
CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Universal Hispano American Films, S. A.  
Calle Valencia, 233. - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
París, 204 - BARCELONA



# ARDORES PASADOS

Imp. SABATE.-Arlbau, 206

Teléf G. 1543-BARCELONA

Fred Humes

Ena Gregory

Eva Thatcher

Bernard Siegel

Dick Le Strange

## REPARTO:

*Saturnino Perry* . . . Fred Humes

*Matilde Morgan* . . . Ena Gregory

*Mamá Bascomb* . . . Eva Thatcher

*Eustaquio Raposo* . . . Bernard Siegel

*Pedrucho* . . . . . Dick Le Strange

*Jaime Morgan* . . . Churchill Ross



## ARDORES PASADOS

### I

Allá, en una de las regiones más áridas del Oeste, empezábase a construir un gran preyecto de irrigación.

Bueno será advertir que, por de pronto, en una de las localidades de la región a que nos referimos, llamada Gulch, no se conocía nada relativo a la "irrigación" mas que las libaciones que constantemente tra-segaban, entre pecho y espalda, sus "pací-ficos" habitantes. Por lo demás, el pueblo era tan seco como el gran desierto africano y la vida allí se desarrollaba con un aburrimiento espantoso, pues la industria era nula y la agricultura también, mientras no se inventase un procedimiento para hacer que las piedras diesen fruto.



Había en Gulch varias cosas notables: la señora Bascomb, más comúnmente conocida por el apelativo de "mamá" Bascomb, era una verdadera notabilidad en su género. Pertenecía al gremio de taberneras y con su talento comercial se había hecho la dueña de los tres establecimientos en su género que había en la localidad.

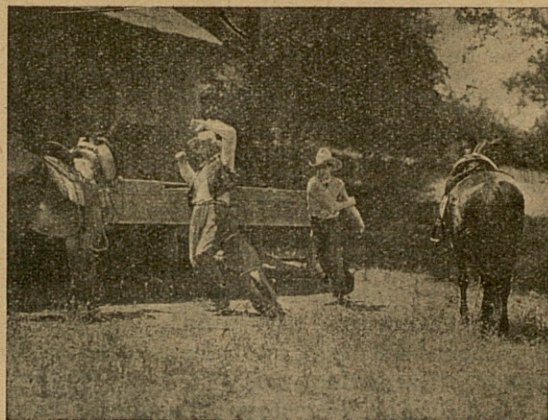
Otra curiosidad que habría podido enseñar a los forasteros, si a nadie se le hubiese ocurrido ir a Gulch, era un "Ford" de los primitivos aplicado a un molino de harina que poseía un tal Morgan, y, por último, también figuraba en el capítulo de las curiosidades, el acordeón de Saturnino Perry, un muchacho filarmónico, aficionado a ese simpático instrumento.

Perry era el colono de una finca de Gulch, cuyo propietario residía en Nueva York. Pasaba media vida administrando la finca, y la otra media tocando el acordeón a la puerta de la casa de "mamá" Bascomb, que excepcionalmente le había tomado como huésped en vista de su buena conducta.

Porque es lo que decía "mamá" Bascomb con fina penetración psicológica:

—Un hombre que toque el acordeón, no puede ser malo.

No sabemos lo que tiene este gracioso instrumento, pero lo cierto es que las per-



—¡Largo de aquí, bizzo del diablo!

sonas aficionadas a tocarlo son de un genio dulce y placentero, como Perry.

Hallábase nuestro hombre cierto día alegrando el pueblo con su habitual concierto filarmónico. No era un día ordinario: las tres tabernas de mamá Bascomb estaban atestadas de parroquianos y no podía ocurrir otra cosa que ser sábado y día de paga, lo cual, en la villa de Gulch, era una especie de fiesta de la República o cosa análoga.

Perry entonaba, con mucho sentimiento,



una canción cuya letra no podemos rescribirnos de transcribir:

"Cuando Cleopatra bailó  
la seguidilla  
al César transtornó.  
¡Oh, qué chiquilla!"

Pasó por delante de la casa uno de sus trabajadores, tambaleándose. A dos leguas se oía que venía de la taberna.

—Buenas tardes, Saturnino!

—Buenas tardes, Jim; ¿de divertirse?—preguntó Saturnino.

—¡Qué vá! ¡Ya estoy cansado de este pueblo! ¡Estas tabernas deberían cerrarse!

—Por mí que las cierran. ¡A mí me tienen sin cuidado los tabernáculos!

El llamado Jim se fué echando chispas, parte de las que llevaba consigo.

Después, Saturnino vió a Eustaquio Raposo que venía hacia él y empezó a tocar con más furia la seguidilla, haciéndose el distraído, pero Eustaquio se le acercó y le dijo:

—¡Más valiera que me pagaras lo que me debes, en vez de perder el tiempo así!

El joven flarmónico dirigió una mirada, que tenía muy poco de agradable, al hombre que le acababa de dirigir aquel saludo.

Eustaquio Raposo era una de las personas más aprovechadas de Gulch: prestaba

al ciento por ciento y aún decía que se arruinaba.

—Esta noche me llega dinero en la diligencia — respondió ásperamente Saturnino.

—Bueno, pues te advierto que si mañana no me pagas te demando sin ninguna consideración. No te vayas a figurar que, porque toques el acordeón, estés libre del duro castigo que impone la ley a los morosos.

Y después de decir esta grave sentencia, Raposo se marchó.

Saturnino volvió a emprender su interrumpida copla con más bríos que antes, y mientras pensaba en la dura necesidad que le había obligado en un momento de apuro a recurrir a Raposo, vió venir hacia él a Pedrucho, su capataz, un fruto típico, duro de pelar, de la región.

—¡Ha entrado en nuestra tierra algo que tú odias más que el veneno!—dijo Pedrucho en cuanto echó pie a tierra.

—Podría ser Eustaquio Raposo, pero hace un momento que ha estado aquí—respondió Saturnino, sin acertar a adivinar lo que sería.

—¡Ovejas!—gritó Pedrucho.

Saturnino se levantó de un salto.

—¡Ovejas! ¿Dónde?

—¡Cerca del corral del prado bajo!—volvió a gritar Pedrucho.





—¿No te advertí que no quería verte en mi campo?

El lector no puede imaginarse el odio que tenía declarado a las ovejas el apacible filarmónico de Gulch. Era un odio superior a toda ponderación, una especie de odio que seguramente, por lo arraigado, le debía venir de sus antepasados, alguno de los cuales habría muerto por culpa de esos inofensivos rumiantes; y no decimos matado por esto, por no remontarnos a los tiempos prehistóricos cuando esos hoy pacíficos animales eran unas fieras salvajes.

El caso es que Saturnino odiaba con toda el alma a las ovejas. Su vista le irritaba, su olor le producía náuseas y el hecho de que cualquier rebaño hollase las hierbas de sus campos, le ponía fuera de sí.

Así es que cuando Pedrucho le denunció el hecho, en una carrera de su caballo se trasladó en el sitio indicado, donde sorprendió al pastor que hacía pacer tranquilamente sus bestias en un campo que estaba vedado.

—¡Largo de aquí, bizco del diablo!—dijo Saturnino echando pie a tierra y corriendo tras el pastor y sus ovejas—. ¡Escapa pronto! ¡Y en cuanto te vea otra vez por aquí, vas a acordarte del santo de mi nombre!

## II

Cerca de Gulch, solamente separada por una montaña, en la vertiente opuesta se levanta la aldea de Stoneville, bastante conocida en la región por sus excelentes aguas medicinales.



Precisamente, cuando se desarrollan los sucesos de esta novela se hallaban en aquella localidad Jaime Morgan en compañía de su hermana Matilde.

Morgan había sido traído allí para reparar su quebrantada salud, pues estaba enfermo del pecho y los médicos le aconsejaron no precisamente las aguas sino el saludable clima de Stoneville.

El joven Morgan, a quien los avances de su enfermedad habían agriado el carácter, se cansó pronto de aquella vida pueblerina, a la que no estaba acostumbrado, y, de poco tiempo a aquella parte, no hacía más que pedir, constantemente, a su hermana:

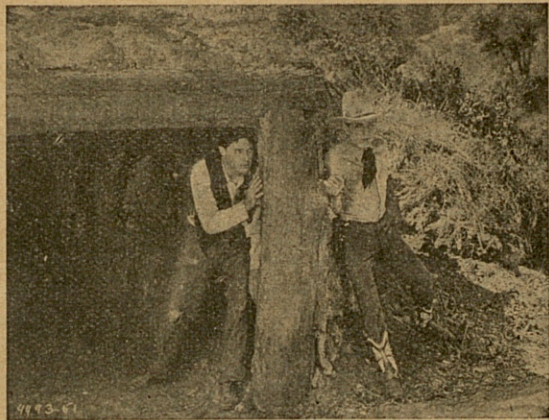
—¡Marchémonos de aquí! ¡Se me caen encima estas paredes y ese pueblo!

—¡Imposible, Jaime! — replicaba dulcemente su hermana.

La joven había hecho un verdadero sacrificio con tal de devolver la salud a su hermano y se había gastado la mayor parte de sus ahorros, con tal de poderle traer a la aldea, pero éstos no daban de sí lo suficiente para nuevos gastos.

—Te digo que es imposible, Jaimín, porque si apenas nos queda dinero ¿dónde vamos a ir?

Había en la localidad, un individuo cuya vida era un tanto irregular. No tenía oficio ni beneficio, y sin embargo, siempre gasta-



*¡Estuvo casi a un palmo de él y no lo vió!*

ba a manos llenas y a ciencia cierta su vida era un misterio.

A raíz de la llegada de los dos hermanos empezó a vestir con ostentosa elegancia, con objeto de llamar la atención a la joven a quien admiraba, y esto le llevó a hacerse amigo de su hermano.

Dutton, que así se llamaba, estaba enterado de las necesidades de los hermanos y aquel día le estuvo hablando en secreto, sobre un "negocio" que tenía en perspectiva y que había de reportarle muchos be-



neficios. Dutton se expresaba en términos vagos y concluyó por decirle:

—¿No te gustaría hacerte fácilmente con algún dinero esta noche? No hay peligro de que nos cojan ni de que tu hermana sospeche.

Aquella noche, ambos jóvenes salieron juntos. En vano Matilde pasó horas enteras esperando que su hermano regresase. A la ansiedad de las primeras horas sucedió la inquietud y la zozobra de que le hubiese ocurrido alguna desgracia.

Por fin, a la madrugada, se presentó el joven radiante y mostró a su hermana un fajo de billetes, diciéndole:

—¡Vamos a salir ahora mismo de aquí, Matilde! ¡Ahora ya tengo dinero!

—¿De dónde lo sacaste?—preguntó Matilde angustiada.

—¡De dónde lo voy a sacar! Anoche, en el juego... hice unas cuantas jugadas con suerte...

Matilde le miró cara a cara y oprimiéndole las manos, preguntó:

—¿No me engañas, Tomás? ¿No tratas de ocultarme nada grave?

Tomás se irritó contra su hermana.

—Bien... no me creas, pero salgamos de aquí al instante!

Entre tanto, aquella misma mañana, en el despacho de las diligencias de Gulch, rei-

naba la mayor alarma desde que llegó el coche y trajo la noticia de que habían sido asaltados por un desconocido.

En cuanto tuvo la primera noticia, Saturnino se personó en el despacho y preguntó al encargado:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Pues que anoche han asaltado a la diligencia y se han apoderado de todo el dinero que traía!—le explicó aquél.

Al ver confirmada la noticia, Saturnino tuvo un gran disgusto, pues en aquel correo le venía el dinero de la asignación del mes y el dinero necesario para pagar los atrasos que tenía con Eustaquio Raposo.

Fué a interrogar al mayoral para que éste le informase más ampliamente, pero las noticias que éste podía aportar eran pocas. Solamente dijo que un vaquero con camisa de seda se había apoderado de todo el dinero.

—¿Pero no le conociste?

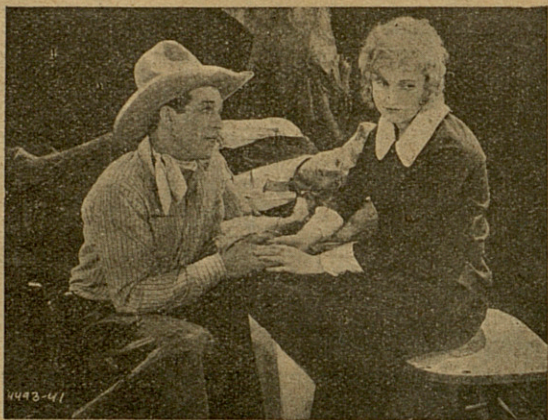
—¿Cómo le iba a conocer, si llevaba la cara tapada?—respondió el mayoral.

Al volver a su domicilio, en la calle, Saturnino se encontró con Raposo y le dijo lo que había.

—Esta noche han asaltado la diligencia y no le podré pagar hasta que se coja al ladrón.

Raposo puso el grito en el cielo.





—¡Ha recido! ¿Qué haré?

—¡A mí no me la pegas! Eso es un cuento que te has inventado para no pagarme! —replicó el usurero— ¡Voy a llevarte a la justicia!

—Pues yo digo: ¡hay que coger al ladrón! porque si no se le coge, pierdo yo mi dinero y usted el suyo!

Cuando la noticia del robo de la diligencia llegó a oídos del comisario, éste dispuso que se organizase una batida por los alrededores del sitio en que se había cometido el robo y como la fuerza de policía se reducía en Gulch a un sólo hombre, los

particulares, a las inmediatas órdenes del comisario, empezaron la batida. Pocas horas después, regresaron al pueblo la mayoría de ellos diciendo que no habían encontrado rastro de ningún bandido.

Entre tanto, andaba por aquellas montañas un fugitivo que había cuidado muy bien de pasar desapercibido, cuando notó que se le perseguía.

Aquel individuo era Dutton.

Sorteando toda clase de obstáculos con objeto de no ser visto, Dutton llegó hasta el valle y allí se encontró con el pastor que el día antes, Saturnino Perry expulsara de su hacienda. Entonces tuvo una idea que juzgó salvadora y la puso en práctica en el acto.

Se acercó a él y le dijo:

—Amigo pastor. ¿Cuánto quiere por sus ovejas y su ropa?

El pastor se creía que el forastero trataba de burlarse de él. Llevaba un elegante traje de cow-boy, con la camisa de seda, y en cambio el suyo era un traje viejo, completamente sucio y remendado.

Pero como viera que el forastero insistía, esta vez con más seriedad, le pidió por toda una cantidad bastante crecida, cantidad que aquél le dió sin regateo.

Una vez hecho el cambio, el forastero le preguntó dónde dormía. Entonces el pas-



tor consideró que de una manera indirecta podría vengarse de Saturnino Perry, y le dijo:

—En esa dirección encontrará usted una cabaña. El dueño duerme en Gulch donde pasa la mayor parte del tiempo, pero aunque le vea es igual, le gustan mucho las ovejas y las deja pacer por su campo.

El único inconveniente que encontró Dutton en el cambio fué la gran cantidad de parásitos que contenían las ropas del pastor, pero lo dió por bien empleado, toda vez que por aquel medio ingenioso burlaría la persecución de la policía.

### III

Por la parte que le tocaba, Saturnino Perry iba a la busca del bandido con más interés que los otros y, hacia media mañana, pasando por las inmediaciones de sus tierras vió que las ovejas que el día antes echara volvían a pacer tranquilamente por los alrededores de la cabaña. Allí estaba el



...y el que no quiso salir a buenas salió por las malas.

mismo pastor mirándole tranquilamente, y esto fué lo que más le molestó.

Se encaminó hacia él, y echando pie a tierra, le cogió por la solapa del chaleco, y le dijo:

—¿No te advertí que no quería verte en mi campo? ¡Aunque tú te laves y afeites tus ovejas siguen siendo las mismas! ¡Fuera de aquí! ¡Y si vuelvo a encontrarte en estos terrenos, vas a ganarte una paliza.

Mientras Saturnino Perry despedía al



vaquero, Matilde Morgan y su hermano, partían de la aldea de Stoneville para coger el tren en la estación más próxima y dirigirse a una ciudad donde la vida le fuese a Tomás más agradable.

Dos horas después, pasaban por las inmediaciones de la cabaña de Parry y encontraron a un pastor que detuvo la caballería y se acercó a ellos.

—¡Si es Dutton! — exclamó Matilde—. ¿Cómo con esta facha?

El improvisado pastor les dijo una mentira, y al enterarse de que Tomás quería cambiar de sitio, le propuso:

—¿No le gustaría guardar estas ovejas? ¡Aire libre, gastos pagados y algo más de paso! ¡Sé de una linda cabaña, no lejos de aquí donde estarían como príncipes!

Como su objeto no era otro que Tomás respirase aires sanos y aquella vida le probaría muy bien, los hermanos Morgan aceptaron, y media hora después tomaban posesión de la cabaña.

Entre tanto, Saturnino Perry, que proseguía sus pesquisas, detuvo al pastor, al verdadero y al verle tan elegante le preguntó:

—¿A qué vienen esas galas?

—Pues que le vendí las ovejas a un caballero con el que cambié de ropa.

—Que yo me condene, si el tío de las

ovejas que acabo de echar no es el mismo que buscamos.

Y sin decir más se dirigió a la cabaña.

Allí estaban las cabras. Saturnino dejó atado su caballo bastante lejos de la barraca y se aproximó a ella cautelosamente. Su sorpresa fué grande cuando vió sentada en el borde de la terraza, a una muchacha, a la que se acercó.

—Estoy buscando a un bandido y sabemos que ha pasado por aquí...

La joven se hallaba acariciando un hermoso carnero y respondió:

—Yo estoy aquí sola con mi hermano que está ahí dentro enfermo.

—¿Y el amo de las ovejas?

—Fué a buscar provisiones al pueblo y volverá pronto.

Saturnino dijo que le esperaría y entre tanto, él y la joven charlaron. ¿usted?

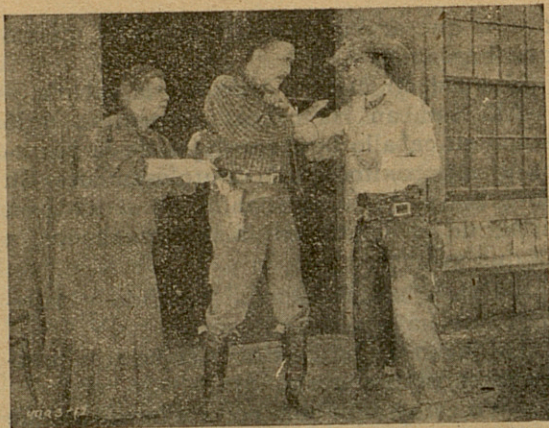
—¡Cómo me gustan los corderos! ¿Y a usted?

—¡Me tienen loco!

Dutton, desde lejos, había visto a Perry y espiaba sus movimientos cuidando mucho de no acercarse.

Después de un rato de conversación, Matilde fué a ver si su hermano necesitaba algo y entre tanto, Saturnino, dió una vuelta a la barraca, por ver si el bandido se





—¡Si ustedes cierran este café, abro  
yo otro!—

ocultaba por allí. ¡Estuvo casi a un palmo  
de él y no le vió!

Al volver de nuevo, pasó al interior de  
la barraca y encontró a Matilde sentada a  
la cabecera de la cama muy abatida. En la  
cama yacía un joven, que al parecer estaba  
gravemente enfermo.

—¡Ha recaído! ¿Qué haré?—preguntó la  
joven.

—Debiera ir a Gulch, a ponerse bajo los  
cuidados del médico—le aconsejó Saturni-

no—, pero aquello es un mal sitio para  
usted.

—Cualquier sitio es bueno para mí,  
mientras lo sea para mi hermano—replicó  
Matilde.

—Pues yo les procuraré habitaciones y  
les mandaré un coche.

Media hora después, Perry hallábase ha-  
blando con “mamá” Bascomb sobre el parti-  
cular y se lamentaba de que en el pueblo  
no hubiera ni una casa adonde pudiera ir  
a parar una mujer decente.

—Tú lo has dicho, muchacho, y ahora  
mismo voy a hacer lo que he estado pen-  
sando durante diez años consecutivos.

—¿Qué iría a hacer “mamá” Bascomb que  
lo había estado pensando tanto tiempo? Era  
muy sencillo: cerrar las tabernas.

Pero esto también era más difícil que lo  
que en un principio parecía, pues los pa-  
rroquianos se resistirían seguramente a una  
medida tan radical.

—¡Eh, caballería—exclamó “mamá” Bas-  
comb, dirigiéndose a los parroquianos que  
había en el establecimiento—, ahora mis-  
mo se cierra este tabernáculo con todos los  
demás que tengo. Este pueblo va ser de-  
cente, desde ahora.

Y dicho y hecho: hizo que todos salie-  
ran del café, y al que no quiso salir a bue-  
nas salió por las malas.



Después pasó a otro de los establecimientos e hizo lo mismo. Allí el único que se opuso fué el encargado.

—Si ustedes cierran este café, abro yo otro—dijo.

“Mamá” Bascomb, se le apoderó de la pistola entre tanto hablaba y apuntándole con ella dijo:

—¡Hazlo, si quieres que descubra lo que hiciste en Chicago!

El encargado se puso colorado y no chistó.

—¿Qué hizo el rojo en Chicago?—preguntó después Perry a “mamá” Bascomb.

Ella se echó a reír.

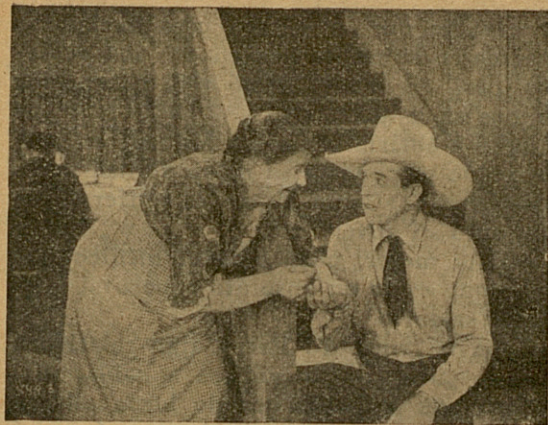
—Pues... ¡hizo de sepulturero!

Cuatro o cinco días después, la villa ya estaba transformada casi por encanto. Y ya con la villa saneada, limpia, fija y resplandeciente, Matilde podía permanecer en el pueblo, y en la misma casa de la señora Bascomb sin ningún reparo.

La salud de Tomás fué mejorando hasta que desapareció el peligro y se inició una franca mejoría.

El único que parecía que iba a ponerse malo, y malo de verdad, era Saturnino Perry.

Había perdido su proverbial buen humor; el acordeón yacía lleno de polvo en un



*—¿Qué es eso de pasarse el tiempo sentado en la escalera y sin probar boca lo?*

rincón de su cuarto, y el pueblo de Gulch ya no podía escuchar sus alegres tocatas.

Perry se había vuelto un sentimental, y andaba por los rincones cabizbajo y pensativo, hasta que un día, la propia “mamá” Bascomb, se encaró con él y le dijo:

—¿Qué es eso de pasarse el tiempo sentado en la escalera y sin probar bocado? ¡Sólo hay una cosa que quite el apetito a un hombre sano: el amor!

“Mamá” Bascomb le dió a Perry el poco



de energía que le faltaba para declararse y el chico subió de dos en dos los peldaños, pero en cuanto llamó a la puerta, los ánimos se le acabaron.

Salió a abrirle la propia Matilde en persona, que ya conocía su modo de llamar.

—¡Qué...! ¿Cómo sigue el enfermo?— preguntó el joven.

—Está mejor, pero dice el médico que tiene que estar en absoluto reposo si queremos salvarlo.

Todavía murmuró Perry algo relativo a Tomás, antes de decidirse a hablar del asunto que le había llevado hasta allí; y haciendo un nuevo acopio de energía, sacó la sortija del bolsillo y se la entregó a Matilde, diciendo:

—Vea si esta sortija le está a la medida.

La joven bajó la cabeza, llena de rubores y aceptó el anillo que se colocó en seguida.

—¡Sí que me está bien! ¡Es muy bonita!

Perry ya no tuvo ánimos para decir más, y casi tan desconcertado como descontento de sí mismo, volvió a bajar con la cabeza más abatida que de costumbre.

“Mamá” Bascomb, ya le esperaba al pie de la escalera y con una mirada ya comprendió que la cosa no había salido bien.

—¿Pero eres tonto, muchacho? ¿Es que te has propuesto hacer sufrir a esta mu-

chacha más de lo que sufre? ¡Pues ahora te lo voy a decir claro, muchacho: Matilde está loca, por tí y sólo espera que tú te le declares para darte un sí más grande que una casa!

—Pero es que eso me cuesta mucho, “mamá”. Yo no soy un hombre que sirva para hacer declaraciones amorosas. Encuentro que las palabras me faltan y se me hace un nudo en la garganta que me impide respirar. ¿Por qué no lo hace usted por mí?

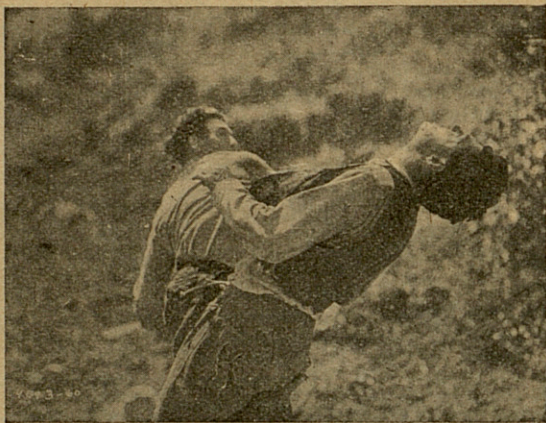
—¡Tonto, más que tonto!

\* \* \*

Mientras en la planta baja ocurrían estas cosas, en la habitación ocupada por los hermanos Morgan ocurría algo insólito.

Dutton habíase presentado inopinadamente saltando por la ventana. El sobre-





*...le encajó unos cuantos golpes que le derribaron en tierra.*

salto que recibió Tomás, dado su estado, podía ser de muerte, y Matilde temió más por esto que por lo que pudiera traer intenciones de hacerle a ella el bandido.

—¡Quisiste traicionarme y quedarte con lo robado!—gritó el bandido yendo hacia ella.

—¡Tengo el mismo derecho que tú a ese dinero!—replicó Matilde.

En aquel momento llamaron a la puerta

con insistencia. Matilde hizo intención de abrir, pero el bandido le cerró el paso.

El que llamaba era Saturnino que había oído gritar a Matilde.

Esta pidió auxilio, y en vista de que no le abrían, Saturnino empezó a golpear la puerta, con tanta furia que la cerradura iba a saltar de un momento a otro.

Viendo que la cosa se ponía cada vez peor, el ladrón saltó por donde había entrado. En aquél momento Perry, en un esfuerzo supremo, echó la puerta abajo y se lanzó por la ventana en seguimiento de Dutton.

Este quiso hacerle frente, pero Perry tenía un brazo vigoroso y le encajó unos cuantos golpes que le derribaron en tierra.

Cuando se vió perdido, Dutton, confesó:

—También estuvo mezclada la niña... Conque mejor será dejarme.

—¡Eso lo repetirás delante de ella!—dijo Perry llevándose al piso.

El comisario y el usurero Raposo, que habían llegado poco después que Perry acudiera al grito de Matilde y subieron tras él, se hallaban en la habitación, auxiliando a Tomás que no había recobrado el conocimiento que perdiera cuando entrara el bandido.

—¡Repite ahora lo que dijiste de ella!—dijo Perry.



—Digo que los tres estuvimos en el negocio, que Jaime me ayudó y que ella hizo de cajera—declaró Dutton.

—¡Mentira! ¡Ellos no intervinieron para nada!—exclamó el comisario dando un paso hacia adelante.

Todos los rostros se volvieron hacia él, y prosiguió:

—Sé lo que me estoy diciendo porque yo mismo suspendí la partida de juego en que estaba el muchacho a la hora en que se atracó la diligencia.

Dutton no supo qué decir y después, hábilmente estrechado a preguntas por el juez acabó por confesarse único autor del robo de la diligencia y entregó casi todo el dinero.

El usurero Raposo cuya única intención no era otra que cobrar el dinero que Perry le debía se vió chasqueado porque el comisario se lo guardó todo.

Cuando quedaron solos los dos hermanos y Perry, Matilde logró devolver el conocimiento a su hermano, y arrodillándose ante él, le dijo:

—¡Me dijiste la verdad y no quise creerle!—y dirigiéndose a Perry, añadió: —¿No comprende? Guardé el dinero porque creí que Jaime lo había robado... y no podía delatarlo.

A Perry le emocionó mucho este rasgo, y verdaderamente conmovido, le dijo:

—No es lo que pienso ahora de usted lo que me duele, sino el haber podido pensar, siquiera un segundo que pudiera ser una ladrona, como llegué a creer ciertos momentos en que no ví las cosas bastante claras....

FIN



## Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.  
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones  
interiores. ¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renez.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renez.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renez.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Un ilusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos



# ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES  
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS  
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO  
UNA PESETA